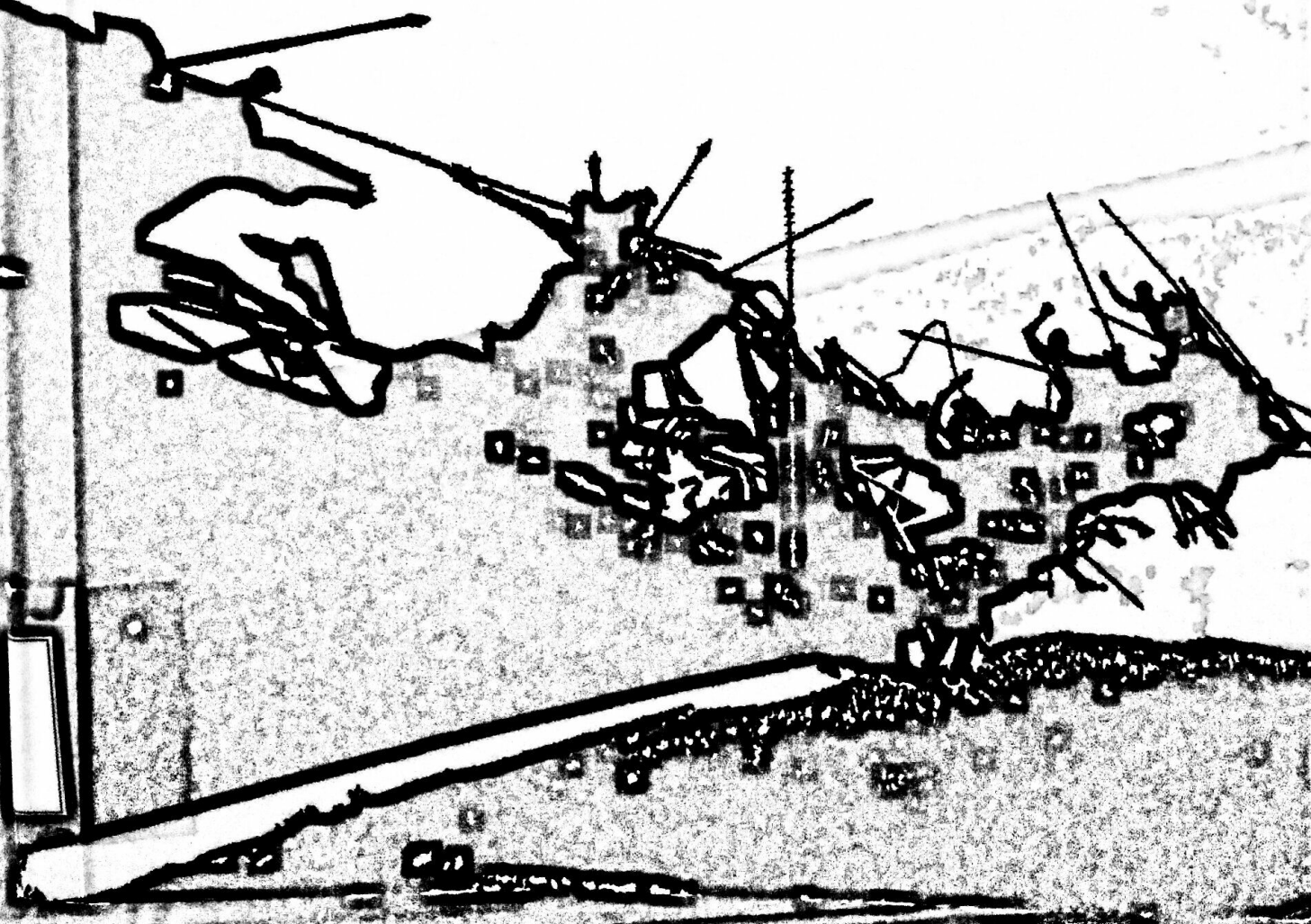


Miguel Gutiérrez

La generación del 50: un mundo dividido



Primera edición: Lima - Perú 1988
Ediciones Setimo Ensayo

© Derechos de autor:

Miguel Gutiérrez

La generación del 50: un mundo dividido

© Derechos de edición:

2008 Arteidea Editores EIRL

Moyobamba 421 - Lima 31

arteideaeditores@yahoo.com

Telf.: 426-1727

Edición: 1 000 ejemplares

ISBN: 978-603-45191-3-8

Hecho el depósito legal en la

Biblioteca Nacional del Perú N.º: 2008-06334

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Impreso en el Perú / Printed in Peru

A la memoria de Carlos Eduardo Ayala Aguilar,
a quien crié desde muy niño como mi hijo.

Fue asesinado después de los sucesos de El Frontón del 18 de junio de 1986. Los organismos de Derechos Humanos que han investigado las circunstancias en que se produjo su muerte, manejan dos tesis, la mejor fundamentada sostiene que cuando ya todo había terminado, Carlos Eduardo (y otros camaradas suyos) fue separado de la fila de sobrevivientes y conducido a la base naval de la isla de San Lorenzo. Allí habría sido interrogado y torturado durante nueve días, y después de darle muerte, mutilaron su cuerpo, y después sus despojos aparecieron semienterrados en las arenas de San Bartolo.

La militancia partidaria

La forma más alta, compleja y difícil del compromiso social es la militancia partidaria. Si en última instancia la conciencia del hombre es un campo de posibilidades, mediante el compromiso político —que se basa en la pasión política, la más intensa y absoluta de las pasiones humanas— los individuos revelan lo mejor y lo peor que llevan dentro de sí. La infidelidad en el amor —otra de las grandes pasiones del ser humano—, con toda su carga de tristeza y de humillación para quienes la padecen, resulta tolerable; no así en la pasión política que en el mejor de los casos suscita el desprecio, mientras que para los renegados significa la caída sin fin en la abyección. ¿Existe algo más execrable en nuestros días que la conducta de un Barrantes Lingán, compañero de generación de las altísimas y ejemplares figuras de Juan Pablo Chang y Guillermo Lobatón? Los novelistas del 50 no han escrito todavía una novela válida artística e ideológicamente acerca de esta dimensión del hombre en cuanto ser por esencia social; no hablamos, por cierto, de novelas políticas, siempre cuestionables, como, por ejemplo, *¡Viva la República!* de Thorne, o *Las rayas del tigre* y *Abisa a los compañeros* de Thorndike, donde lo político está concebido en términos de política criolla, con su lastre de costumbrismo y golpes efectistas, sino de ficciones que abordan con realismo e imaginación la pasión política como expresión concentrada y compleja de la lucha de clases. *Historia de Mayta* pudo ser esa novela, si su autor hubiese podido dominar los demonios del rencor que lo impulsaron a escribirla. Y si planteamos este problema es porque las décadas del 50 y 60, como consecuencia de las contradicciones sociales generadas por el nuevo desarrollo del capitalismo burocrático, fueron décadas de toma de

conciencia política y de activismo dentro de cuyo marco se fue gestando la reconstitución de la organización partidaria que desde hace siete años, tras incendiar la pradera, viene conmocionando las bases mismas de la entera realidad del país y la conciencia individual y social de los peruanos.

Después de la segunda mitad de la década del 50 se fundan Acción Popular, la Democracia Cristiana y el Movimiento Social Progresista; el primero, muy dentro de la tradición plebeya pierolista, era una suerte de neocivilismo al que el oportunismo pertinaz de la camarilla que dominaba el PCP (casi la misma que denominó en 1939 a Manuel Prado "el Stalin peruano") le brindó su apoyo bajo la falaz caracterización de que representaba a "la burguesía nacional"; los dos últimos partidos aludidos se formaron, en cambio, como alternativas a una solución comunista del problema nacional; ambos se declaraban "humanistas" y propiciaban la conciliación de clases mediante una política comunitaria y corporativista, y coincidían con las nuevas tendencias de la Iglesia católica y con el CAEM y la Escuela Superior de Guerra que concebían ahora a las Fuerzas Armadas como una fuerza para el desarrollo nacional y preparada para enfrentar, como sostuviera el entonces coronel Enrique Gallegos, la guerra subversiva o revolucionaria; años después, en 1967, esta nueva concepción del rol de las Fuerzas Armadas sería expuesta de manera más sistemática por el general de brigada Edgardo Mercado Jarrín en su artículo "Política y estrategia militar en la guerra contrasubversiva en la América Latina". Resulta por eso explicable que tanto la Democracia Cristiana como muchos de los que integraron el Movimiento Social Progresista se convirtieran en colaboradores y asesores del velasquismo con su plan de corporativizar la sociedad peruana

para profundizar el capitalismo burocrático. Aunque es justo decir que no pocos de los integrantes del social progresismo radicalizaron sus posiciones en el sentido izquierdista. Por otro lado, de estos tres partidos, los hombres del 50 participaron sobre todo en la formación y conducción del Movimiento Social Progresista, como los hermanos Sebastián y Augusto Salazar Bondy, ambos de la primera promoción de intelectuales y escritores de la Generación del 50.

Resulta de la mayor importancia constatar que un buen número de las figuras destacadas de la generación que estudiamos hayan iniciado su actividad política como militantes o simpatizantes del Apra, un partido erróneamente caracterizado de orientación "hacia el nacionalismo democrático radical" como sostiene Quijano en su libro más bien anacrónico (al que nos referiremos más adelante) *Una introducción a Mariátegui*. Sin duda jugó su parte en esta elección la extracción de clase de los jóvenes que ingresan a la universidad alrededor del 45, y la sostenida propaganda según la cual el Apra era el partido que representaba los intereses de la mediana y pequeña burguesía; sin embargo, la razón principal se debe a que el PCP, luego de la muerte de Mariátegui, le había dejado el espacio abierto al aprismo, primero, por la acción sectaria y liquidadora de Ravines, y al término de la II Guerra Mundial, porque después de un espurio Congreso de Constitución, Del Prado y su gente impusieron al Partido la "unidad nacional" como línea política general, bajo orientación revisionista, en la forma de "browderismo" de neto carácter capitulacionista.

En contraste con el oportunismo y astenia intelectual de la dirigencia del PCP, el Apra se había forjado una leyenda de heroicidad desde el levantamiento de Trujillo que culminó con los fusilamientos de Mansiche y Chan-chan, hasta los

actos terroristas contra Sánchez Cerro y los esposos Miró Quesada, además de mantener latente y de manera demagógica la posibilidad de una insurrección armada a la que siempre saboteara en forma secreta el propio Haya; así, por ejemplo, se cuenta que Juan Pablo Chang, siendo un adolescente miembro de la JAP, al enterarse por la propaganda de los jerarcas apristas que el Jefe Haya de la Torre era víctima de la persecución encarnizada del general Benavides, entonces Presidente del Perú, se ofreció para liquidar al General, y no importaba, dijo, que él perdiera la vida en la acción; la actitud decidida de Juan Pablo puso en graves apuros a los dirigentes, porque ¡cómo explicarle al muchacho que el perseguidor alojaba en su propia mansión al perseguido! Si, los jóvenes de esos años, aunque no entendiesen muy bien los objetivos que perseguía el Apra, veían en él el Partido donde podían llevar adelante sus ideales por una sociedad justa y alcanzar la plenitud vital en una acción histórica. Pero entonces vino el 3 de octubre de 1948 y cundió la primera gran desilusión a la que seguirían las causadas por el entendimiento con Odría y la colaboración con el segundo gobierno de Prado. Según diversos testimonios, la gran escisión en el partido aprista, en particular entre los jóvenes, data de 1948; a partir de entonces —en la cárcel, en la clandestinidad o en el destierro— los jóvenes apristas o simpatizantes seguirían los siguientes tres derroteros principales: un primer grupo formaría el Apra Rebelde (Cordero, Fernández Gasco, Malpica, De la Puente, Napurí, etc.) que luego bajo la influencia de la Revolución Cubana, por acción de algunos integrantes ganados por el marxismo y en particular por el trabajo de Guillermo Lobatón que junto con otros compañeros de generación lanzan en París, en 1961, el pronunciamiento "Segundo Frente", se

transformaría en Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), el mismo que con la conducción de Luis de la Puente Uceda y Guillermo Lobatón llevaría a cabo la primera experiencia guerrillera en el Perú; es bueno recordar que algunos jóvenes apristas que formaron el Apra Rebelde defecionaron y volvieron al redil como Valle Riestra; un segundo grupo sería ganado por el trotskismo o dejaría honda huella en sus concepciones ideológico-políticas, como en Ismael Frías, Hernando Aguirre Gamio, Aníbal Quijano, Julio Cotler y ¿Matos Mar?; y un tercer grupo pasaría a integrar las filas del PCP, como Virgilio Roel y Juan Pablo Chang, o como Manuel Scorza y Ricardo Tello quienes impulsarían el 55 el frente Acción Social de Izquierda con un órgano de expresión denominado Izquierda; años después, Juan Pablo Chang al fracasar en su intento de impulsar desde adentro del PCP una línea revolucionaria y tras una breve relación con el FIR trotskista, y en relación con la Revolución Cubana, formaría con Héctor Béjar y otros peruanos el Ejército de Liberación Nacional, el cual bajo la conducción de Béjar intentaría llevar adelante en la provincia de La Mar del departamento de Ayacucho una guerra de guerrillas, según algunos testimonios sin coordinación con el MIR; cabe destacar que por los años cuarenta y comienzos del 50 las rupturas con el Apra no carecían de riesgo, de dramatismo, y hubo un caso en que en el penal El Frontón un intelectual y militante aprista ganado por el marxismo, en represalia y en cumplimiento de un código secreto existente en el Apra, fuera castigado aplicándosele una marca infamante en el rostro.

La cárcel y el destierro suelen ser experiencias comunes —accidentes de trabajo, según la inolvidable frase de Mariátegui— para quienes abrasados por la pasión política luchan

por la transformación revolucionaria de la sociedad. Todavía no se ha escrito la historia de la diáspora de los jóvenes del 50 que se produjo luego del cuartelazo de Odría y durante los años más duros de su dictadura. Por los testimonios recogidos el destierro o la huida de la persecución odriista tuvo dos metas principales; la primera fue a los países al sur del Perú —Bolivia, Chile, Argentina— y la segunda a México; de estos dos espacios habrían de converger a Francia, desde donde en contacto con la triunfante Revolución Cubana y con la Revolución China prepararían la lucha armada del 65-66 en el Perú o se unirían a las filas del Che Guevara para combatir en tierra boliviana. No debe pasarse por alto, sin embargo, que durante los años de destierro y antes de arribar a Europa, los jóvenes luchadores sociales del 50 participaron de manera activa en las luchas políticas y revolucionarias de Bolivia y Argentina, incorporándose, según el espíritu internacionalista del marxismo, a los Partidos Comunistas de ambos países, por lo que debieron sufrir la represión de las policías bolivianas, argentinas, brasileñas, y luego todavía un periplo de deportaciones por diferentes países donde al poco tiempo eran declarados indeseables y arrojados de sus fronteras como fue el caso de Juan Pablo Chang.

El trotskismo en el Perú existía por lo menos desde el año de 1946 con el nombre de Partido Obrero Revolucionario, integrado casi en su totalidad por intelectuales, como Francisco Abril de Vivero, ¿Westphalen? ¿Moreno Jimeno?, sin mayor influencia y contacto con las masas y cuyo órgano de propaganda se llamaba Revolución, este primer partido trotskista entró en descomposición durante el ochenio odriista. Pero con la estadia de algunos desidentes apristas o de jóvenes que fueron a estudiar a Buenos Aires o Rio de

la Plata, el trotskismo, de gran presencia y actividad en la Argentina, fue ganando a buen número de desterrados y estudiantes peruanos; sin embargo, el trotskismo argentino se hallaba dividido en dos facciones comandadas por Nahuel Moreno y Raúl Posada, más el grupo Praxis de carácter intelectual cuya figura central era el profesor de filosofía Silvio Frondizi; Ricardo Napurí, exoficial de la Fuerzas Aéreas del Perú y exaprista, fue discípulo de este último. En 1956, al iniciarse el segundo gobierno de Prado, el trotskismo se reorganizó pero en dos tendencias: el POR que se adhirió al Comité Latinoamericano Ortodoxo, dirigido por Hernando Aguirre Gamio y Félix Zeballos, y, según Sulmont, contó con la participación de Hugo Blanco; la otra tendencia tomó el mismo nombre, es decir, Partido Obrero Revolucionario con el agregado distintivo de Trotskista (POR-T) según la línea de Michel Pablo de la IV Internacional; el POR-T se debió al trabajo de Ismael Frías, quien al ser deportado a México fue secretario de Natalia Sédova, viuda de Trotsky, ocupó importantes cargos en la IV Internacional. En 1962 hubo fuertes discusiones en el POR-T, a propósito de la Revolución Cubana; como resultado de estas controversias, la mayoría, entre los que se encontraba Frías, alineose con el argentino Juan Posada. Después sobrevendrían numerosas divisiones cuyo proceso supera los límites de este trabajo. Lo que sí hay que destacar es que el trotskismo en sus dos facciones despliega gran actividad política entre 1957 y 1963, pero de manera independiente; el POR-T —cuyo órgano de prensa era Voz Obrera— centra sus acciones en los sindicatos obreros y llega a alcanzar gran influencia entre los mineros, en especial en la región de Pasco y Junín, donde además de huelgas hay tomas y sabotajes a las instalaciones de la Cerro de Pasco

Corporation. Pero de todos los grupos, partidos o frentes trotskistas ninguno alcanzó la envergadura del Frente de Izquierda Revolucionaria, liderado por Hugo Blanco, según la línea del argentino Nahuel Moreno, y que organizó a los campesinos de Lares y la Convención y dirige la invasión de antiguos latifundios como el de Chaupimayo, de propiedad de Romanville, un poderoso y gran terrateniente, legendario y cruel, que recuerda a "El Viejo" el personaje de *Los ríos profundos*. Por diversos testimonios, en verdad controvertibles por las pasiones desatadas, se asegura que Hugo Blanco se negó a trabajar con el POR-T y que asimismo rechazó la propuesta de Luis de la Puente Uceda para formar un frente con el MIR y pasar de la toma de tierras y de la autodefensa a la lucha armada en la forma de guerra de guerrillas; lo cierto es que la experiencia de Hugo Blanco terminó en fracaso. Conviene llamar la atención en que tanto el POR, el POR-T como el FIR tenían algo común: su cerrado antiestalinismo. Después de este auge, el trotskismo en su conjunto entró en crisis, y gentes de formación trotskista como Ricardo Napurí, Ricardo Letts y Edmundo Murrugarra (y al parecer, con el oculto patrocinio, apoyo o asesoramiento de Aníbal Quijano) habrían de formar Vanguardia Revolucionaria, que al igual que otras organizaciones de izquierda entrarían en proceso de atomización y disgregación después de la experiencia guerrillera y de manera vertiginosa durante el Gobierno Militar en su primera y segunda fase. Como respuesta al síndrome antiestalinista de los trotskistas el PCP los estigmatizó con el cliché de "ser agentes del imperialismo yanqui" con su táctica de penetrar en las organizaciones partidarias y de masas para quebrarlas desde adentro; pero quizá el trotskismo en su conjunto no sea más que la última o penúltima manifestación del anar-

quismo, con su prurito de estar siempre a la izquierda de las izquierdas, y su tendencia al individualismo y el caudillismo, con su obsesión de perdedores y de víctimas incomprendidas y de visionarios o profetas exiliados, herencia ciertamente de Trotsky, un hombre que rezuma megalomanía; he aquí dos de los libros más famosos de Trotsky: *Cómo hicimos la Revolución de Octubre* y *Mi vida*. Basadre consideraba esta última obra como una cumbre de la historiografía revolucionaria; centenares de páginas para la exaltación de su propia figura. En el *Foro de Yenán*, Mao Tse-tung no emplea más de una página para hacer un resumen de su vida. Sin duda entre los trotskistas peruanos ha habido y hay (deben haber) luchadores honestos, abnegados y valientes; pero las figuras más destacadas revelan una personalidad compleja, retorcida y caudillesca. Por ejemplo, Napuri siempre terminó dividiendo o siendo expulsado de las organizaciones a las que perteneció y donde incluso había llegado a ser uno de sus fundadores. Frías, aparte de la labor escisionista dentro de su propia organización, durante el velasquismo se convirtió en uno de sus principales colaboradores y asumió posiciones tan beligerantes contra aquellos que no apoyaban la supuesta revolución que no se detuvo ni ante la delación directa o indirecta. Es historia reciente. Historia lamentable, funesta y tenebrosa.

Aníbal Quijano es una de las figuras sobresalientes entre los intelectuales de la Generación del 50. En sus años de universitario fue líder aprista de verbo jacobino, pero a la vez se distinguió como estudiante de amplia formación humanística (y la literatura y la poesía constituían casi una pasión), aunque terminó de enrumbar sus estudios de manera seria y disciplinada hacia el campo de las ciencias sociales. Precisamente, Quijano sería uno de los primeros sociólogos

peruanos y en la década del 60 pasaría a ser una de las figuras notables de esa suerte de "boom" sociológico latinoamericano, casi paralelo al denominado "boom" de la nueva novela latinoamericana. En su condición de sociólogo Quijano pasa a formar parte, en la segunda mitad de la década del 60, del Instituto Latinoamericano Para Estudios Sociales (ILPES) con sede en Santiago de Chile, institución ligada a las Naciones Unidas; asimismo, será profesor de la Universidad de Columbia de Estados Unidos y de la Universidad de Puerto Rico y dictará cursos o cursillos y participará en eventos internacionales como en el Ciclo de Conferencias organizadas por la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Autónoma de México en mayo de 1974; es un autor relativamente prolífico y, entre otros libros, ha publicado: *Crisis imperialista y clase obrera en América Latina*, *Dominación y cultura*, *Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú*, *Dependencia y cambio social en Latinoamérica*, *Imperialismo y marginalidad en América Latina*, *Imperialismo y Estado en el Perú (1895-1930)*, *Reencuentro y debate: una introducción a Mariátegui*, etc. Desde luego, no nos sentimos capacitados para hacer una apreciación especializada y técnica sobre estos estudios e investigaciones de Quijano, pero al leer estas publicaciones (no sin esfuerzo, casi como un autocastigo) no hemos podido evitar el pensar en la sociología como una ciencia burguesa, buena (en el mejor de los casos) para comprender la realidad, pero inoperante para transformarla revolucionariamente. Y lo mismo podría decirse de los abundantes títulos publicados (algunos de alto nivel intelectual) por el Instituto de Estudios Peruanos que dirige el sociólogo José Matos Mar, bajo patrocinio, creemos entender, de fundaciones especialmente norteamericanas. En este último caso

hay un vicio de origen que desde el punto de vista del campo popular degrada sus conclusiones y diagnósticos sobre la realidad nacional, pues a todas luces estas investigaciones señalan los males, las enfermedades que el sistema debe curar o solucionar para mantener su continuidad y prolongar y hacer más eficiente, aunque menos "inhumana" la explotación de las clases populares. Desde esta perspectiva los científicos sociales devienen intelectuales orgánicos del Estado clasista y represivo. Y el grado de miseria y orfandad de este tipo de intelectuales (consecuencia de su desconocimiento directo y estable de la realidad y de sus posiciones de clase) quedó al descubierto con el informe que dieron antropólogos, sociólogos y hasta un siquiatra a propósito del asesinato de los ocho periodistas en Uchuraqay. A partir de este acontecimiento y el del proceso histórico radical que viene convulsionando el Perú desde hace siete años constituye un imperativo para los científicos sociales que se consideran "progresistas" plantearse por lo menos la redefinición del carácter de las ciencias sociales.

Pero sospechamos que este imperativo no alcanza a Aníbal Quijano siempre firme con sus convicciones como en el poder de su inteligencia. Es más: creemos que si el proceso de la realidad social no ha respondido a sus previsiones teóricas, habrá culpado a la realidad antes que admitir fallas en su práctica teórica. Por ejemplo, en las conferencias que dictó en 1974 en la Universidad Autónoma de México, con el título *Crisis imperialista y clase social obrera en América Latina*, formuló esta alentadora profecía: "En este período asistiremos probablemente, ya estamos comenzando a hacerlo, a esa revitalización y quizás al desplazamiento del lugar central de esas luchas de clase de la 'periferia' dominada a los centros del sistema"; como pruebas de su formulación ponía (inevita-

blemente) a la rebelión juvenil y obrera del mayo francés del 68, al "otoño caliente" de Italia del 69 y a la rebelión juvenil norteamericana contra las guerras imperialistas y el consumismo. Quijano llegaba a estas conclusiones en una investigación que trataba de llenar un vacío en la teoría marxista anquilosada por el burocratismo de los países "socialistas" de Europa Oriental. Para decirlo con palabras sencillas: Marx había formulado sus leyes dentro del capitalismo industrial y Lenin desarrolló a Marx al estudiar el imperialismo como última etapa del capitalismo. Ahora, era necesario desarrollar a Lenin caracterizando y descubriendo las leyes del imperialismo en la etapa actual. Una tarea complejísima, pero digna de Quijano. Después del estudio de una serie de indicadores, Quijano sintetizaba así sus tesis: "El sistema capitalista internacional, en tanto que cadena imperialista, es pues hoy día algo muy distinto de lo que era hasta los años finales de la Segunda Guerra Mundial y aún hasta el comienzo de la década pasada. Es este proceso de ampliación del circuito internacional de reproducción ampliada, ante todo, así como la expansión en general de las bases internacionales de acumulación en todos los niveles, lo que va modificando la estructura de la división internacional de la producción, fenómenos ya tantas veces señalados en la literatura reciente sobre el imperialismo. Todo ello en conjunto, permite afirmar que estamos ya ingresados en el periodo del tercer imperialismo capitalista". Después de este aporte teórico (a lo que agrega como buen "marxista" la exposición de una estrategia para llevar adelante la "revolución socialista mundial") no quedaba más que sostener que se había entrado a una tercera etapa del "marxismo", es decir (aunque conspirase la eufonía), al marxismo-leninismo-quijanismo.

Aunque Aníbal Quijano en uno de los números de *Sociedad y política*, la revista que él dirigía, emprendió un balance crítico de Trotsky, que implicaba un cierto deslinde de posiciones, el pensamiento y la actitud y conducta de Quijano continúa esencialmente influido por "El creador del Ejército Rojo". Quijano es un crítico mordaz de lo que él denomina partidos "obreros burocráticos" que plantean para el Perú como línea política general de la revolución en dos etapas: una, democrático-socialista; según Quijano esta línea es errada y por lo tanto antimarxista porque supone la subordinación del proletariado a las clases burguesas y pequeño-burguesas nacionalistas. Por cierto Quijano les sale al encuentro a los capitulacionistas "obrero-burocráticos" defendiendo teórica y políticamente el carácter socialista que debe tener la revolución dirigida por el proletariado a toda Latinoamérica. Para fundamentar esta línea (tarea a la que contribuyen con investigaciones concretas otros redactores, como Germaná, de *Sociedad y política*), Quijano plantea que al haberse superado las relaciones precapitalistas de producción (Quijano y compañía evitan lo más que pueden aludir a la feudalidad y semifeudalidad en el mundo rural del Perú), en particular, por las "reformas" de Velasco, el campesinado se ha transformado en proletariado o semiproletariado rural, o bien en mediana o pequeña burguesía; por lo tanto, si ya está liquidado el latifundio y la clase terrateniente, no hay razón para la revolución democrática, e incluso, como revolución socialista, los campesinos ricos y pequeños propietarios en tanto burguesía rural constituyen blancos de la revolución proletaria socialista. Y así, de este modo, se le sustrae al proletariado organizado no solo a su aliado principal, sino a la fuerza principal de la revolución

dato que el Perú continúa siendo fundamentalmente un país agrario; y de manera equivalente, se convierte en enemigo a la pequeña burguesía como clase, cuando por encima de sus contradicciones e incoherencias constituye en la actualidad una clase fuertemente golpeada y en vías de proletarianización. Pero aparte de que el análisis de Quijano es erróneo en relación a la caracterización de la sociedad peruana y de la situación del campesinado —resultado de su condición de sociólogo de gabinete, más interesado en las estadísticas que en el estudio directo y clasista del campo peruano, en especial del campo andino—, el problema de Quijano, como trotskista (aunque vergonzante) es que no comprende (o no quiere comprender) que la revolución democrática, en la era del imperialismo y de la revolución proletaria mundial, es parte de la revolución socialista, pues las metas de la revolución demoburguesa ya no pueden ser cumplidas por la burguesía, de ahí que Mao la denomina revolución "democrática de nuevo tipo" o de "nueva democracia", porque es dirigida por el proletariado a través de su Partido que en su propio avance, a través de la guerra popular, en las bases de apoyo en las zonas liberadas va ya organizando la economía en sentido socialista y por lo tanto se van creando las nuevas relaciones sociales de carácter socialista, aunque no se confisquen las medianas ni pequeñas propiedades rurales. Con su apariencia "izquierdista" la tesis de Quijano es derechista y aun más: liquidadora de la revolución, al aislar al proletariado de las clases y fuerzas que bajo su hegemonía conforman el Frente Revolucionario, uno de los tres instrumentos ("las tres varitas mágicas", como las denominaba Mao Tse-tung) de la Revolución, junto con el Partido y el Ejército Guerrillero Popular, y en que el Partido constituye lo principal, el eje, el basamento. ((

Los escritos de Quijano rezuman (además de pedantería, vicio humano, demasiado humano) trotskismo por todos lados. Aquello de partido "obrero-burocráticos", sean "pro soviéticos" o "pro chinos", constituyen una soterrada oposición a la necesidad del Partido, concebida por los fundadores del marxismo, acentuada por Lenin y central en el pensamiento de Mao Tse-tung, pero negada por Trotsky bajo fórmulas mistificadas como "emancipación de la conciencia del proletariado", "comités obrero revolucionarios" o "poder obrero". La aseveración de Quijano en el sentido de que la revolución socialista no solo debe ser peruana sino latinoamericana es una reedición del engendro trotskista de la "revolución permanente"; la contribución concreta y real del proletariado mundial es hacer la revolución en su propio espacio territorial. Asimismo, como los trotskistas de antiguo y nuevo cuño, Quijano padece del síndrome antiestalinista. En su *Introducción a Mariátegui* —en el que Mariátegui es asperjado con el agua lustral trotskista— habla de la "agonía" de Mariátegui por su lucha (del mismo carácter, nivel e intensidad) en dos frentes: contra el Apra y contra los "burócratas" de la III Internacional estalinista. Como un medio (acaso inconsciente o no del todo consciente) de justificar de algún modo su extravío juvenil aprista, tipifica a esta organización de "nacionalista democrática radical", lo cual tiene una connotación positiva dentro del contexto en que es formulada, ocultando el falso antiimperialismo y las vinculaciones que siempre tuvo el Apra con facciones de la gran burguesía peruana y por tanto su carácter netamente contrarrevolucionario, sin contar el carácter de secta de la organización partidaria, con sus tenebrosos rituales francmasonicos y su culto a la cachiporra fascista. Las contradicciones —por lo demás inevitables, naturales y necesarias— entre

Mariátegui y los delegados de la III Internacional celebrada en Buenos Aires en junio de 1929, reunión a la que no pudo asistir Mariátegui por razones de salud, son presentadas por Quijano con brochazos sombríos en que las tesis del desventurado Amauta son rechazadas a priori por los obtusos burócratas de la III Internacional "serviles" intermediarios del atroz Stalin que pretendía imponer autoritariamente su línea a todos los Partidos Comunistas del mundo, en función de los intereses coyunturales de la construcción "del socialismo en un solo país".

La historia del PCCh puede servir de ejemplo para comprender las contradicciones que siempre se dan en el seno del Movimiento Comunista Internacional. Por todos es sabido que después de la traición de Chiang Kai-shek a la Revolución China de 1927 se impuso la línea estratégica por la que había venido bregando Mao desde la fundación misma del PCCh dado el carácter semicolonial y semifeudal de la sociedad china, y que consistía en desarrollar la guerra popular revolucionaria rodeando las ciudades desde el campo; por tanto el campesinado pobre, bajo la guía del proletariado a través de su Partido, constituía la fuerza principal. Stalin se oponía a esta línea que juzgaba campesinista-populista, pero Mao juzgó estas contradicciones dentro del seno del pueblo donde la lucha estaba guiada por el deseo de unidad y solidaridad con el PC de la URSS. Es más; en medio de estas contradicciones Mao escribe en 1939 el artículo "Stalin, amigo del pueblo chino" y apoya la política de Stalin previa a la Segunda Guerra Mundial, que después la hará extensiva a la conducción estalinista del pueblo ruso durante toda la confagración. Muchos años después, superada la Revolución de Nueva Democracia y dentro del proceso de construcción del

socialismo, Mao Tse-tung hará una evaluación histórica de la figura de Stalin. En primer lugar, Mao destaca la condición de Stalin como gran revolucionario marxista-leninista y hace un recuento de sus aportes a la revolución rusa y mundial; y luego, sentada esta base, pasa a examinar los errores, incluso los graves errores, cometidos por Stalin. Mao plantea que Stalin incurrió en dos tipos de errores de diferentes naturaleza, aunque relacionados; el primer tipo, fue de carácter gnoseológico, lo cual determinó que no comprendiese las leyes de la dialéctica (Mao reprocha a Stalin no haber leído suficientemente a Hegel), de ahí que atribuyese a "agentes externos" la existencia de contradicciones de clases dentro del socialismo; esto llevó a Stalin a cometer errores de derecha, al considerar solo la unidad y no la lucha, y de izquierda, al plantear la lucha sin unidad; un ejemplo de error de derecha, dice Mao, fue el que considerase en la Constitución de 1934 a la URSS como una sociedad donde habían desaparecido las clases sociales; hacia 1949 Stalin toma conciencia de la incorrección de sus tesis, pero intenta rectificarlas aplicando una lucha sin cuartel, sin tener en cuenta la necesidad de unidad con sectores que habían asumido posiciones que configuraban contradicciones en el seno del pueblo. El segundo tipo de errores de Stalin, asegura Mao Tse-tung, es de carácter organizativo al no haber observado el principio general del centralismo democrático, lo cual derivó en subjetivismo y en sobrevaloración de la propia personalidad.

Ahora bien; Mariátegui murió en 1930, pero conociendo su conducta, firmeza y coraje y su flexibilidad para el tratamiento de las contradicciones según fuera su naturaleza, habría luchado por defender sus posiciones dentro de una relación de unidad y lucha con la III Internacional. En los años

60 y específicamente con la Revolución Cultural Proletaria, la divulgación de las obras de Mao Tse-tung permite comprender la corrección de la línea general diseñada por Mariátegui para la revolución peruana, pues a partir del marxismo-leninismo aplicado a sus respectivas realidades —sociedades semicoloniales y semif feudales— ambos habían llegado a similares conclusiones, aunque, claro está Mao avanzó más que Mariátegui por haber conducido triunfalmente la Revolución de Nueva Democracia, llevado adelante la construcción del socialismo, y al constatar dentro de la sociedad la existencia de clases que se reflejaban en el seno del Partido como lucha entre dos líneas, planteó la necesidad de continuar la revolución en las condiciones de la dictadura proletaria, mediante sucesivas revoluciones culturales para barrer definitivamente a la burguesía y sus formas de conciencia y acabar con deformaciones como el burocratismo, autoritarismo y caudillismo, hasta la meta final del comunismo. De modo que el conocimiento de Mao permitió redescubrir y retomar la línea de Mariátegui y desarrollarla de acuerdo a las nuevas circunstancias. Esto fue una tarea en que, aparte de la izquierda del PCP, participaron intelectuales progresistas y democráticos. Recordamos cuánto se ironizó, por ejemplo a la revista *Narración* que, entre otras, se impuso esta tarea, pues rescatar a Mariátegui significaba rescatar un pasado, una tradición de lucha. ¿O es que por encima de los liquidacionistas y capituladores que coparon la dirigencia del PCP hasta mediados de la década del 60, no existieron combatientes comunistas que dentro y fuera del Partido permanecieron fieles al espíritu de Mariátegui y padecieron por ello persecución, cárcel, tortura y muerte, casi siempre anónima? Por cierto, el descubrimiento de la existencia de combatientes, junto a las luchas más que

seculares del campesinado peruano y las más recientes de obreros y masas explotadas, lucha permanente y cotidiana, nos hacía sentir orgullosos de nuestro pueblo, de nuestra patria, en contra de la condena fácil, anárquica, nihilista de ciertos intelectuales parasitarios, para quienes todo había sido negro, basura y asco, mejor la condena, la destrucción, el fuego, la expatriación, el desorden de los sentidos y la puta que nos parió. Pero no, el Perú es un gran pueblo, Mariátegui y Vallejo y la vieja sangre humana derramada por los centenares y miles de combatientes anónimos nos fortalecen, nos colman de orgullo, y también de vergüenza por no haberles sido fieles, por no haber estado a la altura de las circunstancias.

Pero Aníbal Quijano se sirve de Mariátegui para condenar esta tradición de lucha y como buen trotskista difamar a la III Internacional y a los "partidos obrero-burocráticos". Por otro lado, *Una introducción a Mariátegui*, aparte de ser una nueva mistificación de José Carlos, resulta un libro tardío, ya que es publicado en 1981 en que ante la iniciación y desarrollo de un proceso histórico más elevado se estaba no superando sino desarrollando a Mariátegui. Y de este modo, con quince años de retraso, Quijano se sumaba a la "cruzada" para rescatar a Mariátegui, como un medio de oponerse al proceso en marcha, aunque, como siempre, Quijano se encubriera bajo la máscara "izquierdista", e incluso fundase un Partido: el olvido aquí de cuyo nombre y de sus siglas, estamos seguros, no significará una catástrofe para la lucha revolucionaria del pueblo peruano. En más de veinte años de actividad intelectual y política, Quijano no ha hecho un aporte válido para la revolución peruana y no ha sido más que una voz corrosiva, y si por fortuna sus "severas" críticas no fueron tomadas demasiado en cuenta se debe a su prosa farragosa, solemne,

monótona y doctoral. Es tiempo ya que Aníbal Quijano madure y superando pedantería y fatuidad (cholicándose un poco) lleve adelante una profunda y descarnada autocrítica de sí mismo y comprenda sus propias limitaciones como intelectual y más aún como ideólogo y conductor de movimientos que solo existieron en su fantasía. Y creemos que como hombre honesto o fundamentalmente honesto que es, comprenda que justamente él y otros tantos de su misma profesión o afines a ella, enquistados en universidades y relacionados de manera ventajosa con las metrópolis y sus instituciones, representan a las burocracias intelectual-revolucionarias.

El 7 de octubre de 1928, José Carlos Mariátegui fundó el Partido Comunista del Perú. El carácter comunista del Partido recién fundado estaba dado por su conformación clasista proletaria, por la línea y el programa y por su afiliación a la III Internacional Comunista que fundara Lenin en 1919, después que deslindase campos de manera definitiva con la Social Democracia de la II Internacional que liderase el renegado Kautsky. La fundación del partido del proletariado peruano abrió una nueva época en la historia de la lucha de clases de nuestra patria y, por tanto, en la historia del Perú, al dotar de perspectiva y meta a la lucha de las masas oprimidas que se remontaba a la época del surgimiento del Estado durante el período de la autonomía andina, prosiguió en forma de resistencia a la Conquista española y de levantamientos indígenas y de rebelión de esclavos contra la opresión colonial, adquirió nueva fisonomía con los furros de las masas pobres de las ciudades, de lucha del campesinado por la tierra y de defensa permanente de las comunidades indígenas contra el gamonalismo y después contra los enclaves imperialistas, más las primeras luchas artesanales y obreras durante el período de

la Emancipación y la República. Todas estas rebeliones, con su sobrecarga de legítima rabia y fecundas y ejemplares en acciones heroicas, terminaron siendo debeladas sangrientamente por las fuerzas represivas del Estado, las que extendían e imponían el más despiadado terror blanco sobre poblaciones y grupos humanos rurales de manera indiscriminada como escarmiento y advertencia. La razón del fracaso final de estos movimientos subversivos se debía a que eran estallidos de carácter espontáneo y por tanto carecían de derrotero, y el milenarismo que eventualmente podía unir a las masas andinas en particular, con su apelación al pasado, resultaban movimientos antihistóricos. Con la creación del Partido Comunista esta era concluye y como en Europa de 1847 un fantasma comienza a recorrer por el Perú, con la singularidad que con el triunfo de la revolución bolchevique aquel fantasma había hallado su concreción en el reino de las sociedades humanas. Para la historiografía peruana aristocrático-liberal el 7 de octubre carecía de significación, Riva Agüero proseguía sus investigaciones genealógicas de las familias aristocráticas-coloniales, Porras entregaba años de su vida a componer una biografía apologética de Pizarro para desbaratar la "leyenda porcina" que infamaba la memoria del conquistador del Perú, e, incluso, Basadre, el más avanzado de los historiadores de la época, seguía pensando la historia en términos de individualidades e instituciones y las luchas populares eran presentadas en forma mistificada como acción de las multitudes, y si no ignoró el acto de fundación llevado a cabo por Mariátegui, no le confirió la dimensión de un acontecimiento esencial para el proceso histórico social del Perú de las décadas venideras.

Pero si en las dos décadas que siguieron a la muerte de Mariátegui el Partido por él fundado no estuvo a la altura de su condición de partido revolucionario marxista-leninista se debió al carácter atrasado de la sociedad peruana en general, a la precariedad numérica de la clase obrera, pero sobre todo al abandono de la línea y programa diseñado por Mariátegui y al desmantelamiento de los diferentes frentes de trabajo, incluido el frente cultural, por obra del liquidacionismo y oportunismo que usurparon la dirección del Partido. A esto último hay que añadir la labor divisionista, de confusionismo ideológico y de amarillaje entre las masas explotadas cumplidas por el Apra y en mucha menor escala por el Partido Socialista de Luciano Castillo. Pero veinte o treinta años son apenas un instante en el tiempo de la historia —un simple chasquido de dedos, según el verso de Mao Tse-tung—, y hacia fines de la década del cuarenta, jóvenes universitarios de la Generación del 50, que habían seguido un proceso diferente a compañeros de generación que se iniciaron en la vida política ligados al aprismo, después de ingresar a la Juventud Comunista, empezarían a librar luchas en el seno de la organización partidaria —ya en la clandestinidad, ya en la cárcel, ya en el destierro— por retomar las fuentes del marxismo e imprimirle al Partido una línea revolucionaria en clara oposición a la camarilla que comandaba Jorge del Prado.

Dentro de este proceso se debe considerar la acción de un grupo de jóvenes universitarios entre los que destacan Torero, Cantuarias, Lea Barba, Arias Schreiber, quienes ante el desmantelamiento del aparato partidario y el destierro de los principales dirigentes conforman, después de la gran redada de Odría del 1° de febrero de 1953, un Comité Reestructurador del PCP, que cuenta con el apoyo de escritores de

pensamiento marxista, como Raúl Galdo Pagaza, y de líderes estudiantiles, como Pepe Calvo, que habían sido separados del PCP por oponerse a la camarilla dirigente. Este Comité Reestructurador realiza considerable trabajo entre las masas y los sindicatos, en tanto internamente emprenden un estudio del marxismo-leninismo en los textos mismos de los fundadores del Movimiento Comunista Internacional, de Mariátegui y, de manera especial, examinan la trayectoria seguida por el PCP después de la muerte de Mariátegui. El balance los reafirma en la trayectoria ignominiosa de las cúpulas partidarias a las que había que barrer para que el PCP volviera a sus cauces marxista-leninistas; asimismo se forja el Comité Leninista para llevar adelante la lucha en las universidades y de manera particular en San Marcos, lucha que tiene como enemigo al Apra, que destaca a sus teóricos de la manopla y la cachiporra y de agudas cornamentas a los que repele el Comité Leninista y las masas estudiantiles y con decisivo apoyo de las masas obreras, en especial del ramo de construcción civil; este Comité Leninista se convertiría o, más bien, generaría el Frente Estudiantil Revolucionario (FER) en 1957. Pero todo este trabajo del Comité Reestructurador y del Comité Leninista se vendría abajo cuando en las postrimerías de la dictadura de Odría se abren las fronteras y asoma el viejo hocico de Del Prado y, tras de reagrupar a su pandilla, empieza su labor lenta y manipuladora, y bajo el señuelo de que "había que hacer la lucha desde adentro" consigue ganar o neutralizar a miembros de ambos comités hasta lograr desarticularlos; muy pocos se libran de caer en la trampa, los restantes serían absorbidos y castrados por la maquinaria del Partido hasta que serían expulsados junto con Del Prado y su corte mendaz en 1964 durante la IV Conferencia del PCP.

De coeficiente intelectual probablemente deficitario, Del Prado es, sin embargo, hombre astuto, experto en el doble juego, habilísimo en la intriga y la manipulación, gran maestro en la autocrítica falaz, los golpes de pecho y las lágrimas, y por tanto carente en absoluto de escrúpulos para desembarazarse de opositores bajo el cargo de ser "agentes infiltrados de la CIA o del trotskismo", cargos que en esos años eran equivalentes e igualmente oprobiosos. No pocos militantes honestos, expulsados con estas imputaciones, vieron destruidas sus vidas y tuvieron que vivir poco menos que comoapestados, cargando la tenebrosa aureola de la perversidad y la felonía. Historia y prácticas siniestras y ajenas por entero al espíritu comunista, pero que fueron posibles porque las camarillas reflejan de manera concentrada las turbiedades de una conciencia social deformada por siglos de colonialismo, y de manera particular, reflejan la caducidad política y la degradación moral de las clases dominantes del Perú a las que representan y cuyos intereses defienden en el seno del Partido. No obstante la lucha contra la camarilla continuó, el nuevo impulso que adquiere la lucha de clases en el segundo gobierno de Prado impone a otros integrantes de la Generación del 50 la necesidad de ingresar (o acercarse) al Partido Comunista; entre estos destacan, Gustavo Valcárcel, que provenía del Apra, y Alejandro Romualdo, quien durante su viaje a Europa ha abandonado su inicial esteticismo, y al retornar, ya como militante o amigo cercano, pone su poesía al servicio de la revolución. Pero entre tanto, luego, del XX Congreso del PCUS en que Jruschov postula la "Coexistencia pacífica" como línea general del Movimiento Comunista Internacional estallará una ardorosa (y esclarecedora) polémica entre marxismo y revisionismo que enfrentará a los Partidos Comunistas de la URSS

y de la República Popular China. La confrontación teórica e ideológico-política culmina con la ruptura de ambos partidos, la escisión del Movimiento Comunista Internacional y el fin del llamado "mundo socialista".

En el Perú, Jorge del Prado dejando de lado su supuesto estalinismo se alinea con el revisionismo kruschevista (en uno de sus tantos viajes a la URSS ¿quizá para la celebración del XXI Congreso del PCUS? Del Prado será abucheado y escupido por estudiantes peruanos residentes en la Universidad Patricio Lumumba de Moscú, acto por el cual los señalados como instigadores serían puestos en la frontera con China Popular), hasta que expulsado del Partido en la IV Conferencia Nacional formará con su camarilla el PCP pro soviético, cuyo órgano de prensa se seguirá denominando significativamente *Unidad*. Un año después, en la V Conferencia del PCP, guiado por el Pensamiento de Mao Tse-tung, la izquierda bregará por aplicar el marxismo-leninismo a las condiciones concretas de la realidad peruana. Por cierto, las luchas internas —lucha entre dos líneas— no concluirán. Precisamente, después de la V Conferencia, parte de la Juventud Comunista, enarbolando una línea revolucionarista-militarista formará tienda aparte bajo el rótulo de PCP-Patria Roja; agrupación que se hará fuerte en algunas universidades —los principales líderes de la mencionada Juventud devendrán catedráticos y autoridades, sobresalientes en ignorancia y demagogia— donde sembrarán confusión en el movimiento popular, hasta que el mismo proceso histórico revelaría su esencia reformista-revisionista, cuyo símbolo caricatural es el senador Rolando Breña Pantoja. Pero es preciso, por el momento, volver hacia años atrás, a los años más críticos

de la contienda entre marxismo y revisionismo, es decir, a la primera mitad de la década del 60. En esta lucha Gustavo Valcárcel (y Francisco Bendezú en una militancia más bien simbólica) optará por el revisionismo de Del Prado y sus mercenarios y desde entonces se convertirá en su poeta oficial; en tanto, Alejandro Romualdo continuará en el PCP, cuyo órgano de prensa será *Bandera Roja*; años después, sin embargo, Romualdo se apartaría de la militancia partidaria y por un tiempo se dejará ganar por el velasquismo, aunque respecto a la poesía cuidó de bastardearla con panegíricos a la supuesta revolución de los militares. Antes de concluir este acápite se impone todavía aclarar que, antes que estallara la polémica entre marxismo y revisionismo, miembros de la Generación del 50, abandonarían la militancia en el PCP y seguirían otra trayectoria bajo la influencia de la Revolución Cubana. Héctor Béjar, una de las figuras más representativas de esta tendencia, luego de fracasar en la guerrilla, de caer preso en circunstancias todavía no esclarecidas, y de años de encarcelamiento recuperaría la libertad y sería uno de los entusiastas del velasquismo y furioso enemigo de los opositores al régimen dictatorial, a los que pretendió estigmatizar, junto con otros desertores del campo popular, bajo la admonición de "ultras" o de "infantilistas de izquierda".

Veinte, treinta, cincuenta años son apenas un instante en el tiempo de la historia, pero pueden ser porciones temporales excesivas para ciertas vidas: Lobatón, De la Puente, Velando, Paúl Escobar, Juan Pablo cayeron en combate antes de cumplir el medio siglo de vida; y Javier Heraud fue víctima de una cacería humana a los 21 años, la misma edad en que otro poeta y patriota revolucionario, Mariano Melgar,

fuera fusilado. Ningún tiempo es absolutamente oprobioso: la rebelión popular y la acción de unas cuantas vidas nos reconcilian con el mundo y reducen a su exacta dimensión nuestras exultaciones y caídas. Y golpean nuestra conciencia. La golpean. Pero en estos años se trata de un acontecimiento inmensamente mayor, como me lo recuerdan las descargas de los FAL y el desplazamiento pesado y bronco y amenazante de los tanques que en esta madrugada, como en tantas otras, me impiden olvidar que vivimos en estado de creciente militarización del país. Empecé a escribir este ensayo cuando aún no se había decretado el estado de emergencia, ni habían ocurrido los genocidios a los que hemos aludido más de una vez en estas páginas. Ah, y todavía vivían Víctor Humareda y Raúl Galdo Pagaza, y Josafat Roel. Acuden a la memoria las viejas frases. Tempestad en los Andes, incendio en las praderas y, en nuestros corazones: Acciones guerrilleras, sabotajes y aniquilamientos selectivos. Dos violencias de diferente naturaleza en confrontación irreconciliable hasta la derrota o el triunfo finales; una, la del Estado, cruel, indiscriminada, vandálica, genocida; y la otra, la popular, con blancos precisos, rápida, sumaria, sin celebración orgiástica por la sangre derramada. Es falso afirmar que el PCP, Sendero Luminoso, ha iniciado la violencia. La violencia existía en múltiples y despiadadas formas desde que las altas clases organizaron el Estado para ejercer dictadura —dentro o fuera del ordenamiento jurídico establecido por ellas— contra el pueblo con cuyo sudor y sangre nutrían su carne y espíritu; es verdad, en cambio, que el PCP inició la lucha armada, en perfecta coherencia con el marxismo-leninismo-maoísmo, el cual, según diversas publicaciones, le sirve de sustento

teórico. Coherencia decimos porque no hay otra forma de ser marxista —de lo contrario se es reformista, social democrática, cualquier cosa— que luchar con medios violentos de acuerdo al tipo de sociedad (de ahí el rol central del maoísmo, considerado por Sendero Luminoso como el marxismo-leninismo de nuestro tiempo) para atacar, precisamente, las raíces de la violencia construyendo sobre nuevas bases una sociedad socialista, con un Estado que defienda la construcción y profundización del socialismo hasta el comunismo, verdadero reino de la libertad.

Hace muchos años cuando leí por primera vez el Manifiesto no entendí la afirmación de Marx y Engels que decía que con el Comunismo terminaría la Prehistoria de la Humanidad. Hoy creo entender esta grandiosa profecía. Entretanto, toda guerra revolucionaria tiene sus costos. Veo mi viejo y bello candelabro de hojalata de artesanía ayacuchana bajo el chisporroteo de cuyos diez cirios he tenido que escribir con frecuencia a causa de los apagones, y me digo que recurrir a él para alumbrarme es parte también del costo, como lo es la zozobra, la inutilidad acaso de estas páginas o el dolor por los seres queridos víctimas de los genocidios, la tristeza por la perversión de la mente de policías y de las tropas —salidos de la gran matriz del pueblo— utilizados como carne de cañón y convertidos en fieras y verdugos y saqueadores de aldeas de peruanos pobres e indefensos. Tantas ideas, las dudas inevitables, las dudas, también, sobre el poder de las palabras y con todo (hoy más que nunca) la imperiosa necesidad de escribir. Es necesario, urgente, perentorio escribir, pero en qué forma, cuál género. La convicción, por ejemplo, que la novela no es la forma indicada para fijar en palabras la complejidad.

riqueza y dinamismo de esta experiencia humana. Pienso en los diarios de batalla, en relatos cortos, estampas o viñetas que recojan los hechos significativos, no solo los actos heroicos sino aquellos que muestren la cotidianidad naciente en las zonas de guerra, y pequeñas obras de teatro en que se fusionen recreación y propaganda. El teatro. Sí, el teatro, un teatro que basándose en la situación actual que vive nuestra patria trascienda, sin embargo, lo coyuntural. No solo teatro de propaganda sino teatro de reflexión y debate sobre conductas y tomas de conciencia. He aquí algunos temas que me asaltaron mientras prendía los cirios del candelabro, cuando desmayaba en el avance de este estudio o cuando en medio del júbilo en la redacción de algún capítulo de mi novela se me imponían los personajes gesticulando desde la plataforma de un escenario simbólico; un tema podría ser —me decía— la necesidad de la violencia revolucionaria por una parte y por otra el humanismo, el derecho a la vida y la felicidad. Me digo: no, no está bien planteado el problema. Más bien habría que plantearse en términos de justicia popular y crítica del humanismo burgués y las contradicciones en el seno de la Iglesia católica. En el debate tendría que exponerse todas las posiciones representativas. Y un acto podría desarrollarse durante una fastuosa misa de *Tedeum* por cierto en clave paródica. El teatro, sí, género privilegiado en los actuales momentos; pero habría que incursionar en todos los géneros o inventar otros nuevos. Y no hay por qué abandonar la novela, ella puede también hablar del presente aunque en apariencia trate de asuntos pasados. No, no hay que abandonar esta forma literaria: ninguna forma mejor que esta para, verbigracia, exponer mediante una ficción todo el

proceso (del cual en parte trata este apartado) que conduce al momento en que por un lado el Estado entra en crisis y descomposición y por otro el PCP-SL decide iniciar la lucha armada.

Veinte, treinta, cincuenta años. Sí, la historia del Perú entró a una nueva etapa el día 7 de octubre en que Mariátegui fundó el Partido Comunista del Perú, porque lo que viene sucediendo en el Perú es consecuencia de aquel acontecimiento, mediante el cual José Carlos incorporó el Perú al siglo XX, la era del imperialismo y de las revoluciones proletarias y populares. Pero pese a las sucesivas mistificaciones, de Mariátegui lo sabemos todo, o casi todo; en cambio del c. Gonzalo no sabemos nada, o muy poco y siempre presentado por la prensa de derecha u oportunista con los tintes más siniestros. Pero no hablaremos del c. Gonzalo, cuya vida desconocemos, y dejemos la tarea a quien corresponda.

Al empezar este ensayo, en su parte final escribimos: "Y sin embargo, esta denominada 'Generación del 50' (o 'del 45', según otros) no ha dicho su última palabra, pues por las informaciones suministradas por los medios de comunicación (y aceptado por el historiador Pablo Macera), también miembro de esta generación sería un intelectual de otro tipo el que luego de una larga etapa de estudio, preparación y trabajo en el anonimato iniciaría y vendría desarrollando esta gran perturbación histórica que es toda guerra revolucionaria y que ha escindido el Perú entre un pasado ya irrecuperable y un futuro cargado de potencialidades y un presente que lacera y fascina". Con estas palabras aludíamos a Abimael Guzmán. Y en tanto miembro de la Generación del 50 intentaremos aproximarnos a su figura para concluir este trabajo.

Nada más prosaico en apariencia que la niñez, adolescencia y juventud de Abimael Guzmán Reynoso¹. Marx, turbulento y genial, es expulsado por diferentes gobiernos europeos antes de obtener visa de permanencia en Londres, y allí, en uno de los barrios londinenses para los desheredados y en medio de una espantosa miseria verá morir a sus hijos, sin que por ello deje de acudir día tras día al Museo Británico y con férrea disciplina continúe investigando y tomando apuntes para la redacción de *El Capital*, el texto fundamental del marxismo. Engels, de familia rica, venciendo su repugnancia, entra a trabajar en la fábrica paterna con el fin de ayudar a su amigo e, incluso, para no distraerlo de la obra magna en que trabajaba, redacta una serie de artículos sobre la guerra civil norteamericana con la firma de Marx, a quien habían encargado esta tarea y que significaba un ingreso a la más que precaria economía familiar. La vida de Lenin es agitada, un hermano suyo es condenado a la pena capital por su credo anarquista, en tanto él padece persecución cárcel y destierro, y hay el legendario episodio del tren blindado tras un acuerdo de hacer la paz por separado con Alemania luego de acabar con el zarismo y los mencheviques. Stalin, como un personaje de Gorky, se evade del seminario al que había

¹ Para la redacción de este acápite me he valido de fuentes indirectas y de algunos testimonios de personajes que por un tiempo trabajaron en la universidad San Cristóbal de Huamanga. He consultado o tenido en cuenta artículos y testimonios aparecidos en diarios, revistas y suplementos dominicales, como *La República* (27 de febrero de 1983); *Equis*, X, N° 3337 (18 de abril); *Quehacer* (19 de setiembre, 1982); *El Caballo Rojo*, N° 113 (1982); *Caretas*, N° 695 (1982), 733, 736 (1983). Asimismo, he consultado los libros de R. Letts, A. Rojas Samanez, y de Eugenio Chang-Rodríguez, dedicados al estudio de los partidos políticos de izquierda.

sido enviado por sus padres para seguir la carrera eclesiástica, y pronto entrará en contacto con la Social Democracia y en la práctica revolucionaria estudiará el marxismo. Mao Tse-tung, siendo casi un adolescente huye de la casa paterna —su padre era un campesino medio de la capa inferior— para no someterse, de acuerdo a la costumbre feudal existente, a un matrimonio concertado al margen de su voluntad; a partir de entonces llevará una vida errabunda —gustaba de realizar grandes caminadas de 30 a 60 kilómetros diarios, incluso en el crudo invierno y bañarse con agua fría, casi helada— hasta que entra en contacto con el Movimiento Intelectual 4 de Mayo que, bajo la consigna: ¡Abajo la tienda de Confucio!, batallaba por una nueva literatura realista y de espíritu democrático-popular, cuya más alta figura era Lu Sin. Mariátegui quizá fuera hijo “ilegítimo” de un hombre con patronímico sonoro dentro de la historia del Perú, con una mujer modesta, india o mestiza, de apellido Lachira, quizá de estirpe tallán. Siendo niño es atacado por la poliomielitis y pasa una larga temporada en la clínica Maisón de Santé, donde aprende el francés y se convierte en lector voraz; luego en la pubertad entra a trabajar como obrero en un periódico local y debido a sus cualidades intelectuales y a su considerable cultura es ascendido a la condición de redactor y cronista. Luego conoce a Valdelomar y sus niños terribles con quienes lleva una vida bohemia, practica el humor, la broma, la pose, para escandalizar a los grandes burgueses y sus mujeres; años después, ya convertido en “marxista convicto y confeso” le serán amputadas una a una ambas piernas, lo que no impide seguir desarrollando una sorprendente actividad intelectual, ideológico-política y organizativa del proletariado peruano. El origen familiar, un cuerpo frágil y la enfermedad

acompañándolo como una delgada sombra explican el papel que Mariátegui confiriese a la voluntad y al individuo en la historia. Nosotros los comunistas, decía poco más o menos Stalin, somos individuos hechos de una materia especial. Y Mao, con lenguaje figurado que tanto gustaba expresarse, afirmó: "Quién se atreva a ser cortado en mil pedazos podrá desmontar al emperador". Frágil, mutilado, trabajando hasta la víspera de su muerte, Mariátegui con su bello rostro mestizo, fue hombre de mirada limpia y optimista, aunque polemista agudo contra las ideas erróneas y luchador implacable contra el reformismo de la II Internacional y contra el Apra a la que pone al desnudo su carácter estratégicamente contrarrevolucionario. Sí, qué distintas, por lo menos externamente, las vidas de José Carlos Mariátegui y de Abimael Guzmán, este hombre macizo, racional —frialidad en el cerebro y fuego en el corazón como aconsejaba Lenin—, casi hermético, y que jamás escribió la palabra "yo".

De acuerdo a nuestra clasificación, Abimael Guzmán, nacido el 3 de diciembre de 1934, pertenece a la tercera promoción de los intelectuales, artistas y luchadores sociales de la Generación del 50. Nace en Mollendo y sus padres son don Abimael Guzmán Silva y doña Berenice Reynoso. El niño realiza sus estudios en el Callao, pero luego se establece en Arequipa donde su padre había contraído un nuevo compromiso familiar. Abimael Guzmán, según diversos testimonios, es hombre muy poco dado a confidencias de tipo personal. Una de las pocas confidencias hechas al paso fue acerca del gran afecto que sentía por la segunda mujer de su padre, doña Jorquera de Guzmán, la que lo colmó de amor como una verdadera madre. La instrucción secundaria la hizo en el colegio La Salle, dirigido por Hermanos católicos,

como correspondía al hijo de un comerciante relativamente próspero de las capas altas de la pequeña burguesía. Por esos años de estudiante secundario, Guzmán no era propiamente un estudiante introvertido, pero sí serio, reconcentrado y muy disciplinado en los estudios. No sabemos qué efecto produjo en él el levantamiento del pueblo arequipeño contra la dictadura odriista luego del asesinato por la policía de un estudiante del colegio nacional Independencia. En la universidad San Agustín estudia Filosofía y Derecho y no parece que se hubiese interesado demasiado en las luchas universitarias. Nunca fue ni le interesó ser dirigente estudiantil. En cambio sobresalía como estudiante, en especial en el área de la Filosofía y las Matemáticas. En esto coinciden todos sus profesores y consideraban que pronto Guzmán entraría a la plana de profesores de filosofía donde lo esperaba una promisoría carrera académica en la mencionada universidad. Perteneció, junto con otros compañeros y compañeras, a un círculo de estudios. Muchos años después cuando Guzmán se convertiría en el "enemigo público número 1", sus excompañeros del círculo no dejarían de sorprenderse, pues el recuerdo que de él guardaban era más bien el de un estudioso brillante y disciplinado de los grandes filósofos idealistas leídos en sus propios textos, muy parco en cuestiones políticas y sin mostrar mayor interés (al menos en apariencia) por los movimientos populares de esos años. Precisamente su tesis para obtener el bachillerato en filosofía versaba sobre Kant: Acerca de la teoría kantiana del espacio. Para graduarse de abogado, en cambio, lo hizo con la tesis El Estado democrático burgués, tesis que ya indicaba hacia dónde enrumbaba su pensamiento. Como cualquier joven universitario hizo algo de vida bohemia y se le conocía como buen lector de

las novelas contemporáneas, de la poesía del siglo XX y no ocultaba su pasión por la música, en especial por la música de Beethoven. El estudiante Guzmán Reynoso tenía interés por otra disciplina: la Historia, en especial por la historia del Perú y la historia mundial contemporánea en la que ocupaba lugar central la historia del Movimiento Comunista Internacional. El estudio de la Historia la llevaba adelante según su propia manera: con rigor, con disciplina y pasión. Cuando en 1962 viajaba a Ayacucho a trabajar a la Universidad San Cristóbal de Huamanga lo hace de manera discreta, pero no deja de desconcertar a sus maestros y amigos para quienes la decisión de Abimael Guzmán constituía una pérdida para la Universidad de San Agustín y a la vez un enigma. Pero quizá él pensase para sí que ya había concluido su "edad de piedra" y que le había llegado la hora del compromiso a través de la militancia partidaria. No se sabe con certeza el año en que ingresó al PCP, pero en 1963 deslumbra a los estudiosos y colegas universitarios con sus clases de filosofía y con sus charlas y conferencias. Abimael había asumido ya el materialismo dialéctico y la perspectiva del socialismo científico. Algunos años después, en medio de una aguda lucha interna en el PCP, le confió esto a un amigo: "Lo único que me interesa en la vida es hacer la revolución en el Perú".

¿Cómo se produjo la adhesión al marxismo, primero, y luego su ingreso al PCP de este concentrado lector de filósofos griegos, de la filosofía agustiniana-tomista del medioevo, de los empiristas ingleses, de Kant, Hegel y Husserl, y de los filósofos irracionistas como Nietzsche, Heidegger, Jasper y Sartre? ¿Cómo un lector de Proust, Joyce, Mann o Kafka devino militante del Partido Comunista del Perú? Me atreveré a lanzar esta hipótesis: la adolescencia y la juventud de Abimael

Guzmán fue una secreta, tenaz, indoblegable y ardorosa aventura del pensamiento. Sartre afirmó que el marxismo es la insuperable filosofía del siglo XX. Pero cómo saberlo si no se le sometía a crítica en los niveles gnoseológicos, en la teoría general del ser u ontología y en la fundamentación de la moral y de la praxis política. Como Dante, había que tener el coraje de descender hacia los hielos eternos y luego atreverse a ascender y contemplar la eterna luz del Empíreo para comprobar la solidez de este universo creado por más de dos milenios de pensamiento filosófico idealista. Entonces es probable (dada su natural reserva) que mientras con sus compañeros del Círculo de Estudio comentaba, digamos, a Husserl y Heidegger, en la intimidad Guzmán confrontara de manera radical todas estas ideas con los textos de Marx, Engels, Lenin y Stalin. De este modo pudo absorber críticamente la cultura burguesa en su conjunto y llegar a la conclusión de la caducidad y la carencia de la filosofía idealista que desembocaba en el laberinto sin salida del solipsismo, agnosticismo y nihilismo. En la undécima tesis filosófica de Marx, este escribió: "Los filósofos no han hecho más que comprender el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo" pero ahora —pensaría Guzmán— la filosofía idealista en sus diversas manifestaciones ni siquiera puede comprender la realidad, sino que se limita a arrojar oscuridad, angustia y cinismo sobre el mundo y los hombres. Si nuestra hipótesis tiene algún asidero, Abimael Guzmán sería un caso único entre los intelectuales revolucionarios que accede al marxismo no por razones éticas, como búsqueda existencial o como terapia catártica para conjurar ciertas obsesiones, sino por la vía racional, después de librar abrasadora contienda en su espíritu entre el idealismo y el materialismo. Ningún trauma

ensombreció su niñez, ni en su pubertad y adolescencia experimentó crisis de religiosidad y misticismo, era un joven normal y equilibrado que comprendió los límites de la razón analítica, formalista y abstracta, y la superioridad cualitativa de la razón dialéctica. Al llegar a Huamanga tenía 28 años, la edad en que Engels y Marx (este de 30 años) redactaron *El manifiesto comunista*; Guzmán comprendía ya las razones de la crisis contemporánea y las causas del atraso general de la sociedad peruana. Y ahora era necesario luchar por su transformación.

Hay un aspecto central en el pensamiento de Abimael Guzmán sin el cual es imposible comprender el sentido y la trayectoria de su vida: Para hacer la revolución es necesario un Partido marxista-leninista. Ahora bien; como estaba sucediendo en los primeros años de la década del 60, a Guzmán no se le ocurrió formar su propio Partido, aunque era perfectamente consciente de la charca del conciliacionismo en que había caído el PCP desde la muerte de Mariátegui. La polémica que se hace pública entre marxismo y revisionismo, cuyos textos, es decir, de las dos posiciones que edita el PCCh ejercen influencia decisiva en la consolidación de su pensamiento. El marxismo, entiende, es básicamente una filosofía de la lucha. Las argumentaciones del PCCh lo reafirman en su posición en relación a la necesidad del Partido a la vez que lo ponen en contacto con las obras de Mao Tse-tung. El descubrimiento de Mao Tse-tung lo deslumbra y empieza a estudiarlo de manera disciplinada y llega, acaso ya desde esa época, a la conclusión de que Mao no es un revolucionario más sino un pensador y revolucionario de la talla de los clásicos del marxismo. Con este bagaje ingresa al Comité Regional de Ayacucho del PCP y se prepara y educa a otros

militantes que pronto se convertirían en la izquierda del Partido para dar, paso a paso, una por una, sucesivas batallas para hacer del PCP un Partido de nuevo tipo, es decir, un Partido que se reconstituya guiado por esta meta: llevar adelante la revolución en el territorio peruano.

Una visita a la República Popular China (en calidad de militante, no de trabajador ni como invitado de carácter diplomático o como becario) influirá de manera decisiva en su pensamiento. Al llegar Guzmán a Pekín, la China entera se hallaba convulsionada por la Revolución Cultural Proletaria —un gran aporte de Mao a la revolución socialista—. Esta desorbitada e imponente movilización de las masas constituía la prolongación de la revolución en las condiciones de la dictadura del proletariado y apuntaba a una depuración del Partido de los elementos de la nueva burguesía que se habían infiltrado en el seno mismo del Comité Central y aun en el Buró Político de la Comisión Permanente del Partido, la misma que a través de los años había creado una verdadera muralla de burócratas. Esta experiencia lleva a Guzmán a estudiar aún más y de manera sistemática el Pensamiento de Mao Tse-tung. A menudo he leído entre los intelectuales peruanos expresarse despectivamente de las obras de Mao por parecerles demasiado simplistas.

No lo consideraba así Abimael Guzmán lector de la *Fenomenología del espíritu* y de *Ciencia de la Lógica*, libros terriblemente densos, en particular el primero, considerado como uno de los textos más difíciles en la historia de la filosofía occidental. En el orden pragmático Guzmán celebró que de acuerdo a la gran consigna de "¡Hay que basarse en los propios esfuerzos!" se suspendiera la ayuda material de todos los Partidos Comunistas del orbe. Esto coincidía con

las propias ideas de Guzmán quien había detectado dentro del Partido conductas mercenarias y mentalidades que bordeaban el gansterismo, como consecuencia de prácticas aberrantes introducidas por Del Prado y Saturnino Paredes, quienes tenían servidores y guardaespaldas a sueldo cuyas conciencias habían comprado o hipotecado mediante dinero y ofrecimientos de viajes a Moscú, Pekín y Tirana. En la IV Conferencia del PCP, que concluye con la expulsión de la camarilla de Del Prado, Guzmán ya era una voz Política del Comité Central. Se cuenta que después de la salida de Del Prado, parte de la Juventud Comunista consideraba (no sin fundamento) a Paredes como un continuador en el organismo partidario del revisionismo de Del Prado y abogan por su expulsión, mientras hablan de la urgencia de tomar las armas y empezar la revolución. Entonces le plantean a Abimael Guzmán que comande un golpe interno contra Saturnino Paredes o bien formar otro Partido. Guzmán los escucha y los encuentra influidos por la teoría del "foquismo" y las ideas de Régis Debray, pero sobre todo percibe sus imposturas, más las deformaciones del radicalismo verbal de la pequeña burguesía. No, todavía no es tiempo de enfrentar ideológica y políticamente a Saturnino Paredes y a su clan de mercenarios y ganar mediante el esclarecimiento teórico-práctico a los seguidores confundidos por intrigas y difamaciones; primero, entonces, había que hacer un deslinde radical con la Juventud que venía actuando políticamente en forma independiente. Guzmán desarrolla una intensa lucha y en particular de educación de las bases para poner al descubierto la línea revolucionarista-militarista del grupo que ahora se hacía llamar PCP-Patria Roja. Después de este deslinde con Patria Roja, Guzmán cree llegado el momento de dotar

al Partido de las bases ideológicas de unidad partidaria lo que provocaría un encuentro de posiciones entre Saturnino Paredes y sus seguidores y la izquierda del PCP en la VI Conferencia. Tras una lucha tenaz se sanciona que las bases de unidad partidaria eran Mao, Mariátegui y la línea política general; aunque la gente de Paredes aceptó el acuerdo, en la práctica los saboteaba y desobedecía las tareas propuestas por el Buró Político, mientras secretamente trabajaban por la legalización del Partido en flagrante oposición a otro de los acuerdos centrales de la VI Conferencia, esto es, la "reconstitución del Partido"; entonces, ante la carencia de ideas y la orfandad ideológica-política de Paredes y sus hombres deciden estos dar un golpe de mano saqueando toda la infraestructura con que contaba el Partido, mientras pintan las paredes de la ciudad de Huamanga señalando la militancia partidaria (con sus respectivos seudónimos) de Guzmán y de otros que conforman la izquierda del PCP, acción que constituyó una incalificable delación. Por fin, Saturnino Paredes se había desenmascarado y algunos años después terminaría de desenmascararse ante el pueblo peruano, cuando como buen oportunista, ocupó un escaño en la Constituyente donde causó asombro por su falencia ideológica, por sus desatinadas propuestas y por su cultura silvestre y rudimentaria. A las acusaciones que se le han hecho por revisionista y liquidacionista, yo lo acuso por despotismo con la gramática, por sus pensamientos "filosóficos" dignos de figurar en lugar preferente en un diccionario de la estupidez humana, y más aún por sus arrebatos de "poeta" con cuya basura trabajosamente rimada salida de su inspiración quiso emular al Presidente Mao. Los farsantes, mediante la intriga y la difamación, pueden engañar y sembrar confusión durante un tiempo.

pero finalmente el mismo desarrollo de los acontecimientos terminará por hacerlos arrojar, una a una sus máscaras. Nunca conocí personalmente a Saturnino Paredes, pero al leer sus engendros filosófico-poéticos me dije que nadie que se llame Saturnino sería capaz de llevar adelante la revolución en el Perú.

Después de la expulsión de Paredes, y luego de dos encarcelamientos, Abimael Guzmán, con el Partido muy mermado y sin recursos, empezaría el arduo trabajo desde las bases mismas en pro de la Reconstitución del Partido. Entiendo que la Reconstitución estaba guiada en función de hacer un partido de nuevo tipo apto para iniciar y desarrollar la lucha armada en la forma de guerra popular. La lucha por la Reconstitución debió generar diversas luchas entre las dos líneas, pero en 1979 se había concluido con la Reconstitución del Partido, con una línea política general basada en el maoísmo y en el desarrollo de la línea revolucionaria de Mariátegui, pero aplicados a las condiciones específicas de la sociedad peruana. ¿Es correcta la línea, la estrategia, tácticas y formas de combate llevadas a cabo por el PCP-SL? Esto solo lo decidirá la propia práctica y la historia con el triunfo definitivo o la derrota final. Lo cierto es que, al margen de nuestras voluntades, las acciones de esta organización partidaria siguen en aumento y en siete años Sendero Luminoso no ha sido derrotado, pese a los duros golpes que ha recibido como la muerte de 300 combatientes en acción genocida decretada por el propio Alan García y llevada a efecto por las Fuerzas Armadas y el apoyo de la Guardia Republicana. Por todo esto, creo que el PCP-SL está llevando a la práctica el postulado mariateguista tantas veces bastardeado por diversos oportunismos: la revolución peruana no será calco

ni copia, sino creación heroica. Sin embargo, mis aseveraciones deben tomarse con cautela porque proceden de fuentes indirectas y habrá, por tanto, que esperar a que el propio PCP haga un recuento histórico y crítico desde el momento que Abimael Guzmán ingresa al Partido.

¿Qué otra cosa se puede decir de Abimael Guzmán? Las únicas obras firmadas por él son las tesis aludidas líneas arriba y sus artículos y estudios deben hallarse desperdigados en publicaciones sin firma en los diferentes órganos de prensa, como "Bandera Roja", o en forma de folletos bajo los símbolos utilizados por esa organización partidaria. Entrega absoluta de su vida a forjar el Partido sobre bases seguras ideológico-políticas y en función de llevar adelante la guerra revolucionaria, el rescate, a través del legado de Mariátegui, de una continuidad de lucha del PCP por encima de las traiciones de los jefes que dominaban la organización partidaria, su trabajo paciente y anónimo a lo largo de más de 20 años, su indiferencia frente a la fama barata por la que se desviven tantos intelectuales, y una vida austera, muy austera, todo este comportamiento, toda esta actitud configura a un intelectual diferente, de nuevo tipo, abrasado por una única y absoluta pasión —llama, fuego, hoguera, lumbre— combustionada por el desarrollo crítico y radical del pensamiento.

Yo lo conocí (y ahora lamento no haberme acercado más a él, no haberme hecho su amigo) entre el 68 y 70 cuando trabajaba como profesor de literatura en la Universidad San Cristóbal de Huamanga. Guzmán había dejado de trabajar en esta universidad algunos años y de pronto corrió el rumor de que Abimael Guzmán retornaba a Huamanga para reincorporarse a la plana de profesores. Apenas llegó empezó un recargado ciclo de conferencias. Algunos, oí, lo llamaban "el

Tigre", y otros "Puca Inca" (Inca Rojo) y vi cómo alumnos y profesores corrían atropelladamente para encontrar lugar en el auditorio donde daría la charla o el ciclo de charlas. Recordé a Porras cuando, en su último año de vida, sin ningún horario —era Canciller o Presidente del Senado— anunciaba que iría a dictar clase; aquel día se suspendía el dictado de otros cursos pues todos querían escuchar al "maestro" Porras; pero lo que yo veía ahora aquí era mucho más masivo y el entusiasmo de otra naturaleza. Yo como buen intelectual petulante e irreverente me abstuve de asistir a sus cursillos y conferencias. Había conocido en Lima directa o indirectamente a toda la intelectualidad peruana; eran intelectuales brillantes, llenos de confusión, no carentes de imposturas y con grandes rivalidades entre sí, pero su mayor vicio era el individualismo. ¿Qué cosa nueva, pues, podía enseñarme este profesor de provincias? Pero fue la literatura, la novela, lo que me empujó a escucharlo: por cierto fui cargado de prejuicios y escepticismo, sin embargo, me dije, la experiencia me resultaría gratificante porque acaso podría servirme de su figura para la creación de algún personaje de ficción. Desde luego, llegué a mitad de la conferencia, con un auditorio totalmente repleto. Yo detestaba (hasta ahora detesto) la demagogia y el academicismo. Pero apenas pude acomodarme de pie y prestar atención me sentí sobrecogido por una forma de exposición desconocida para mí; no había nada de demagogia ni de fatuidad academicista y mucho menos histrionismo en los gestos y la voz. Pronto comprendí que el suyo era un pensamiento situado, con una definida posición de clase. Su discurso, que apelaba a la razón antes que al sentimiento, era incisivo, irónico, sarcástico, y me hizo recordar a Lenin y a Engels en su *Ludwing Feuerbach y el fin de la filosofía clásica*

alemana. Y asimismo, sin caer en la banalización, tenía la virtud de hacerse comprender; después lo escuché hablar en el local del Frente de Defensa del Pueblo para un auditorio de masas pobres que tenían sus casuchas en las laderas de los cerros, e igualmente Guzmán llegaba a ellos sin ninguna dificultad y después supe que también a los muchachos y muchachas púberes y adolescentes les hablaba abriéndoles la inteligencia a los problemas del Perú y el mundo. Otra característica que observé fue que sus exposiciones tendían al esclarecimiento ideológico; no se contentaba, pues, con abordar y resolver un problema o exponer la doctrina de Mariátegui o explicar las leyes de la contradicción, sino que sacaba conclusiones prácticas que servirían a sus auditores —sea cuales fueran su condición social— para sus luchas cotidianas. Desde entonces lo observé atentamente. Era hombre de modales correctos, pero jovial, muy asequible y capaz de gozar de un buen chiste que en ese tiempo tenía como protagonista al inolvidable general Artola. Pero ésta era la parte visible y legal de la vida de Guzmán, pero había la otra, la más importante, la dedicada al Partido. De esta dimensión de su vida solo poseo testimonios indirectos. Tenía, me dijeron, una gran resistencia física para presidir sesiones que duraban de 2 a 5 días. Otra característica: escuchaba atentamente cada una de las intervenciones y apuntaba las ideas centrales y cuando al fin todos habían intervenido, Guzmán saludaba y felicitaba a los compañeros por el trabajo realizado, luego empezaba a analizar cada una de las ideas o, más bien, los conjuntos de ideas, y era duro y estricto en fustigar racionalmente las ideas erróneas e implacable cuando estas ideas configuraban una línea distinta a la sancionada por el CC del PCP. Una sola vez coincidimos en una reunión. Yo le

hablé, recuerdo, del único tema que vitalmente me interesa: de literatura. Me escuchaba con atención, de tanto en tanto me pedía mi opinión de tal o cual autor o novela, pero, de pronto, me interrumpí, y le dije que había escuchado algunas de sus exposiciones que eran excelentes, lúcidas, etcétera, que revelaban una inteligencia superior y sólida, etcétera, pero con todo tenía una duda frente a él: ¿Daría el gran salto? Guzmán me clavó la mirada penetrante que posee; me dijo: ¿Qué es lo que quiere decir? Lo que usted ha oído, le respondí terminando de beber mi vaso de cerveza, quiero decir, ¿será capaz de dar el gran salto, abandonarlo todo, como usted postula, e iniciar la revolución mediante la guerra popular? Guzmán, sin sonreír, me devolvió la pregunta: ¿Y usted qué piensa? Le dije: ¿Quiere que le sea franco? Diga lo que piensa, no tema ofenderme. La verdad es que dudo. Usted es doctor y a mí no me gustan los doctores. Y por eso dudo. Me es difícil imaginarlo caminando por estas montañas y punas y bajando a las grandes hondonadas.

Y esta ha sido una de las grandes equivocaciones de mi vida. Pero me alegro de haberme equivocado, pues si Abimael Guzmán y el camarada Gonzalo son la misma persona, entonces quien viene dirigiendo este gran acontecimiento histórico es un hombre de inteligencia superior, de voluntad y disciplina inquebrantables, y que si los militantes aceptan su liderazgo no lo hacen por imposición autoritaria, sino por la corrección de su pensamiento y la coherencia entre el ser y el pensar.

10. Reflexiones finales

Es difícil pensar el Perú—decíamos en las primeras páginas de este ensayo— sin los libros, unas cuantas metáforas y símbolos, algunas fabulaciones y ritmos y disonancias, o los pensamientos, actos y conductas, y cierta mitología, que los intelectuales y artistas del 50 han venido produciendo desde los años iniciales de su incursión en la historia del país. Y añadíamos; “No es la celebración de la vida el sabor fundamental de esta generación”. Wáshington Delgado en uno de sus versos más sentenciosos, dice: “El que encuentra el fuego, este es el hombre pero entretanto la tierra es un cementerio”. Pero ahora los señores del fuego y el hierro, que han hecho de la tierra y el mar peruano una vasta tumba sin nombres, han dejado de tener el monopolio de estas armas letales y el viejo hombre peruano, el sufrido y rebelde “jovencito de Darwin” opone su propia violencia para alcanzar la justicia social y la dignidad como seres humanos y restituirle al cementerio el carácter de lugar sagrado y apacible donde reposan sus seres queridos. Escribi este ensayo sin olvidar un instante que vivimos en un momento de guerra y en medio del dolor por la sangre derramada. Pero no quiero ser como el filisteo que clama contra la violencia y la guerra, pues hay guerras justas y guerras injustas, y estas últimas existirán mientras exista Estado, clases sociales, fuerzas armadas y policías, y burócratas y una Iglesia farisea siempre dispuesta a celebrar solemnes y medievales ritos donde se bendice a

manos manchadas de sangre. Escucho, mientras esto escribo, una estruendosa y prolongada balacera que acalla el batir de las hojas de los plátanos y el murmullo de los insectos y el ladrido de los perros. De pronto —ahora los disparos retumban más distantes— me pregunto: La Generación del 50 ¿una generación frustrada? ¿Una generación que no se atrevió a romper con el pasado? No, me digo, las respuestas ya no deben tener carácter de absoluto, deben ser más matizadas. Murieron, es verdad, Lobatón, Chang, De la Puente, Velando y Escobar. Y más recientemente fue fusilado Antonio Díaz Martínez mientras sus compañeros cantaban la Internacional y la nueva trova revolucionaria surgida en los penales y en las zonas de combate. También Díaz Martínez, según diversas fuentes cantaba antes que la fusilería rompiera su voz. "No teníamos conciencia generacional —me decía Aranibar—, éramos más bien un conjunto de individualidades carentes de un proyecto nacional". Pero esta apreciación del notable historiador correspondía a una concepción en última instancia elitista-orteguiana y solo consideraba como miembros de su generación al grupo de amigos y conocidos que estudiaban en San Marcos o en la Católica y que se reunían en el *Palermo*. Para nosotros, en cambio, las generaciones las conforman la totalidad de coetáneos en un momento histórico dado e insertos en las clases sociales y que frente al problema nacional asumirán diversas opciones que irán desde la extrema derecha hasta las posiciones auténticamente revolucionarias. Por eso, si fuera verdad que Abimael Guzmán y el c. Gonzalo son la misma persona, entonces habrá que decir que miembros de la Generación del 50 que siguieron una trayectoria distinta y marginal a la de sus coetáneos de Lima están llevando a cabo la ruptura más radical con el pasado en toda la historia del Perú.

Sin embargo debemos hacer un apretado recuento de los aportes de la Generación del 50 tomada en su conjunto, dejando de lado a la gente que optó por el campo de la reacción. Según Carlos Aranibar, su generación llevó hasta sus últimos límites la tradición cultural. En poesía, tanto "esteticistas" o "sociales" no pudieron romper con la camisa de fuerza del endecasílabo combinado generalmente con el heptasílabo. Pero dentro de esta poética —agregamos nosotros— produjo excelentes o muy buenos poetas, pero no dio un poeta verdaderamente grande. Aranibar consideraba a la suya, asimismo, como una generación premarxista y fueron creadores de las ciencias sociales y la crítica literaria, pero fue una ciencia aséptica, neutral e incontaminada, es decir, rindieron culto al cientificismo. Por otra parte, fueron hombres de gran formación humanística, pero carecieron de un movimiento científico y tecnológico.

En la narrativa modernizaron el cuento y crearon la novela moderna del Perú. Así como en poesía hubo poetas intimistas-herméticos y poetas sociales, en narrativa esta dicotomía se dio entre narradores fantásticos y realistas, pero igual que en poesía hubo narradores que crearon textos igualmente válidos en ambas tendencias; sin embargo, el relato fantástico fue una línea secundaria y no llegó a crear una tradición como en la narrativa argentina. El Indigenismo dio paso a una narrativa rural, andina o costeña, con temas más de carácter ético-existencial que social reivindicativo. Pero el mayor aporte de los narradores del 50 fue el descubrimiento de la ciudad como tema de exploración humana, lingüística-estructural. Pero la novela, en especial la novela de Vargas Llosa, establece o intenta establecer una integración entre las realidades rurales y urbanas.

Dentro de la línea realista se dan dos tendencias: una la conforman Ribeyro, Loayza, Thorne, en alguna medida Zavaleta, y Vargas Llosa, que incursionan en las realidades populares, pero con una visión desde arriba, que se manifiesta de diversas formas como, por ejemplo, la representación de los rasgos físicos de los personajes salidos del pueblo; por otro lado, los escritores de esta tendencia vienen creando una cierta tradición gentil, empeñada en representar las formas de vida y de conciencia de las altas clases sociales. Debe remarcar que esta tendencia es la que ha tenido una producción constante con textos casi siempre de gran calidad. La otra corriente la conforman Vargas Vicuña, Congrains, Galdo Pagaza, Reynoso, Gálvez Ronceros y Scorza. La perspectiva de sus cuentos y novelas corresponden a una visión democrático-popular. Lamentablemente, a excepción de Scorza, cuya obra novelística es tardía, la obra de los representantes de esta tendencia es breve y carece de continuidad. Esto no debe achacárseles a la falta de disciplina o a una vida bohemia, sino básicamente a que como hombres de las capas menos pudientes de la pequeña burguesía tuvieron que ganarse la vida como profesores de colegios primarios, secundarios y, después de años, como profesores universitarios. La mayoría de ellos mantuvieron independencia frente a las instituciones culturales oficiales y no usufructuaron de becas o de financiamiento de fundaciones norteamericanas o europeas. Creemos que fue una gran pérdida para el desarrollo de una narrativa democrático-popular más avanzada el abandono que hizo del campo de la literatura Raúl Galdo Pagaza, fallecido meses atrás. Pero esta línea no ha caducado y es posible esperar de Vargas Vicuña, Reynoso, Gálvez Ronceros y aun de Congrains obras que

seguramente habrán de ser de mayor calidad que sus libros anteriores.

La Generación del 50, según el punto de vista aquí adoptado, corresponde a la generación de la segunda postguerra y por tanto no se trata de un fenómeno exclusivamente peruano, sino latinoamericano, europeo y norteamericano, aunque con particularidades de acuerdo al país o continente y a sus respectivas historias y tradiciones culturales. En el caso del Perú, la Generación del 50 surge y se desarrolla durante el segundo gran momento de la historia del Perú contemporáneo, caracterizado por el nuevo impulso y desarrollo del capitalismo burocrático, con la consiguiente agudización de las luchas populares, en especial campesinas. Este proceso significó una segunda modernización de la sociedad que obviamente se refleja en el campo de la literatura, del arte y del pensamiento. Por otro lado, hemos insistido en el carácter nacional de esta generación, lo cual invita y exige a proseguir y profundizar la investigación para llegar a un balance de los logros y aportes de los hombres del 50 en todas las regiones del Perú. Quizá los ricos movimientos artístico-culturales existentes en diferentes puntos del país se deban al trabajo pionero de la Generación del 50 que decidieron quedarse en provincias o, en caso más avanzado, como el de Efraín Miranda, retornen a la aldea o a la comunidad en un afán de crear una cultura de nueva democracia que no será obra de unos pocos individuos sino de grandes conjuntos que busquen ir a las masas para aprender de ellas antes de convertirse en sus maestros y profesores. Desde esta perspectiva se abre un destino brillante, aunque no carente de dificultades, para los escritores, en especial los jóvenes orientados desde su adolescencia hacia el cosmopolitismo a través de una propa-

ganda sostenida contra las estrecheces de los "nacionalismos culturales".

Por su extracción social los integrantes de la Generación del 50 pertenecen a la pequeña burguesía y a las capas medias con vínculos de amistad y consanguinidad (aunque en calidad de parientes pobres) con la gran burguesía y la aristocracia terrateniente de provincias. Si bien no se debe soslayar el origen clasista, lo más importante es considerar la posición de clase y las opciones políticas que eligieron. La vida humana es el resultado de la relación dialéctica entre necesidad y libertad. Toda vida humana es un proceso que los individuos pueden seguirlo en sentido diametralmente opuesto; en este sentido las vidas de Sebastián Salazar Bondy y Mario Vargas Llosa son aleccionadoras. Al exponer las diferentes formas de compromiso social hemos sido particularmente duros con intelectuales y artistas de gran prestigio al poner al descubierto las imposturas y la oposición entre el ser y el pensar. Esto no nos ha producido alegría porque en más de un caso se trata de amigos míos de gran generosidad; y en otros, de autores de libros –poesía o narrativa– por los que siento admiración. Sin embargo hay razones y sentimientos más altos que los de la amistad. Pero lo que reclamamos no son grandes sacrificios y mucho menos heroísmo, sino algo infinitamente más modesto: coherencia, por lo menos mínima coherencia y dejar escuchar sus voces cuando se perpetren, por ejemplo, crímenes de lesa humanidad, y que por más reducido que sea el ámbito donde desarrollan sus actividades se inspiren siempre por la simpatía, el amor y la adhesión a las grandes masas populares porque fuera del pueblo, en estos años tormentosos, no hay posibilidad de vivir. Vivir con honor consiste ahora en adoptar de manera incondicional

la causa del pueblo, que es poderosa e indestructible. Y si uno u otro de esta importante generación están irremediablemente perdidos creo que la mayoría a quienes he criticado, no sin rudeza, pertenecen o deben pertenecer y reintegrarse al campo popular y democrático.

¿Cuál es el aporte fundamental a la historia y la cultura del país de la Generación del 50? Esta pregunta se la formulamos –además de Carlos Aranibar– a Pablo Macera y Alfredo Torero, este uno de los intelectuales del 50 de trayectoria más limpia y coherente. Macera meditó unos instantes y luego afirmó: "En haber formulado algunas interrogaciones esenciales sobre la realidad social, y no hemos pasado la factura a la sociedad por este trabajo". Torero sin pensarlo demasiado, sostuvo: "Creo que el aporte fundamental de mi generación es haber vuelto al estudio de las fuentes mismas del marxismo y de Mariátegui, y de haber reivindicado la trayectoria de la rebelión y la subversión popular".

Y así terminamos este estudio cuyo proceso me llevó a rebasar los marcos de una introducción. Y pienso que todavía es necesario –para orientarnos en esta época de crisis y esperanza– emprender un examen de la situación de los escritores en la actualidad por encima de las generaciones, pero en particular de los más jóvenes. Y este trabajo necesitaría un nuevo enfoque y una nueva forma. Pero cualquiera que sea el enfoque y la forma que se adopte tendrá que empezar con una autocrítica radical del autor de este ensayo. Y tal vez lo hagamos si todavía el proceso histórico que nos envuelve a todos nos permite seguir escribiendo.

*Chorrillos, La Campiña, diciembre de 1985 y verano de 1986.
Revisado y corregido en diciembre del 86 y enero del 87.*